

## POR TIERRAS DE VALDEGOBIA

POR GERARDO LZ. DE GUEREÑU

Las alavesas tierras que forman Valdegobia se encuentran situadas al oeste de Vitoria, estando unidas a la capital por una buena red de carreteras, siendo, no obstante, difícil visitarlas por los escasos medios de comunicación ordinaria que unen ambos puntos. Los autocares de línea, tanto el de Osma, como el de Bóveda, parten de Vitoria por la tarde y regresan por la mañana, viéndonos obligados a pasar dos noches fuera de casa, para realizar cualquier excursión usando estos medios de transporte.

Todas las visitas que hasta ahora había realizado por aquellos parajes, fueron efectuadas, bien en coches particulares, bien en salidas colectivas en autocar, limitándolas a un solo día de montaña, ascendiendo a sus cumbres más características, quedándome la ilusión de poder enlazar entre sí estas cimas, por medio de algunas travesías en las que pudiera recorrer la larga crestería que separa este valle del de Tobalina, en la provincia de Burgos. La coincidencia de dos días de fiesta, enlazados con un «puente» nos permiten disponer de tres días, animándonos para realizar una larga y bonita excursión por aquellos valles.

Iniciamos la marcha el sábado, día 15 de julio, desde el cruce, en la carretera del señorío, del ramal que sube hasta el pueblecito de Bachicabo (653 metros). Son las seis y media de la tarde, y debemos darnos prisa si queremos llegar de día a Barrio, después de ascender a la cima de Bachicabo. En media hora recorreremos el trayecto que nos separa del pueblo, contemplando, detrás de su agrupado caserío, la peña, en la que se aprecia perfectamente la depresión formada entre la cumbre máxima y la Peña del Castillo, corte que recibe el nombre de La Hoz y que sirve de paso al sendero que une este lugar con Barrio.

Junto a las primeras casas del lugar parte un camino carretil que al poco tiempo se convierte en bien marcado sendero que, sin pérdida posible, dirigiéndonos siempre derechos al portillo, nos conducen tras penosa ascensión, al mencionado paso. Los Castros (1.049 metros) se levantan a nuestra derecha, y en lado opuesto, medio oculta por la niebla, la Cruz de Bachicabo (1.173 metros). Un sendero nos facilita la ascensión hasta la Cruz, en donde nos recibe cerrada niebla que todo lo oculta y lo borra, máxime a esta hora tardía, cuando ya el sol está a punto de ocultarse en el horizonte. Rápidamente volvemos sobre nuestros pasos, cargando de nuevo con nuestras mochilas que habíamos dejado en el portillo, y por el camino que discurre continuamente entre bosques de magníficos pinos llegamos a Barrio (701 metros), cuando ya la luz es muy incierta, dejándonos apenas tiempo para montar nuestras pequeñas tiendas de campaña.

Breves charlas con algunos vecinos que nos proporcionan datos sobre el

camino recorrido y el que mañana pensamos recorrer; frugal cena, breve tertulia y un buen sueño reparador, es la síntesis de esta noche pasada en la montaña.

Son las diez de la mañana para cuando comenzamos la marcha al día siguiente, mucho más tarde de lo previsto, pero la Santa Misa no ha sido oficiada hasta las nueve, y no queremos dejar de cumplir el precepto dominical. En un principio el camino es el mismo que ayer trajimos, teniendo a nuestra izquierda la peña del Castillo, y, a la derecha, cada vez más hundido en el valle, las dispersas casas de Barrio.

En media hora llegamos a una bifurcación de caminos, por el de la izquierda llegamos ayer, y ahora continuamos por la derecha, siempre cobijados bajo la sombra de hermosos ejemplares de pinos. Media hora más y alcanzamos la fuente de Canalejas y al poco tiempo, enmarcada entre soberbios pinos, se nos aparece la peña de La Mota, señora y reina de toda esta zona, para alcanzar la cual, directamente, debemos continuar por el camino que traíamos, pero nosotros queremos subir primero a Castromayuela o Castramayuela y para ello tomamos un impreciso sendero a nuestra izquierda, ruta que, al cabo de poco tiempo, se encuentra perfectamente definida, contemplando, en los escasos claros que deja el arbolado, la ladera oeste de Bachicabo, empinada y abrupta. Rápidamente desembocamos en Canto Pero (1.080 metros), terreno despejado que forma el collado que separa Bachicabo de la peña que pretendemos ascender. Fuera de este claro en donde ahora nos encontramos el terreno se muestra asaz sucio, no existiendo ningún sendero que facilite su recorrido.

A la izquierda de la cima apreciamos una cortadura y hacia ella debemos dirigir nuestros pasos; la brecha es estrecha, salvaje, pero la gran cantidad de maleza impide admirarla en toda su grandiosidad, no quedándonos, por otra parte, muchas ganas de dedicarnos a su contemplación, pues hemos gastado muchas de nuestras energías en atravesarla. Ganamos la altura, siempre por terreno de las mismas características hasta encontrarnos en su punto culminante (1.208 metros).

Hermoso es el panorama que desde allí se divisa y bien merece la pena los esfuerzos necesarios para llegar a su cúspide. Nuestra vista se dirige con prioridad hacia La Mota, que será la próxima meta. En dirección a oeste vemos el claro de Campo Rosas (1.138 metros), presentándose la ruta para llegar a él tan sucia como la ladera que ha poco hemos atravesado. Con buena suerte, alguno de nosotros la tuvo, se encuentra un simulacro de sendero que permite alcanzar el claro con relativa comodidad, entrando en él rodeando una peña cubierta casi totalmente de hiedra, que sirve de magnífico punto de referencia para los que ascienden por esta parte. Al otro lado de la campa, hacia el sur, algo más bajo, encontramos un buen sendero que en poco tiempo nos deja en Hozalares (1.111 metros), collado por donde atraviesa el camino que une Barrio con Sobrón, pueblo este último, el peor situado de Alava, hasta el punto de que no hace todavía muchos años, no se usaba el carro, por lo agreste del lugar.

Desde Castromayuela (o Castramayuela) hemos invertido media hora en llegar al pequeño manantial que existe en las cercanías del collado, en la ladera norte, y junto al camino que desciende a Barrio.



Barrio, campamento sobre las diseminadas casas del lugar.

(Foto  
Lz. de Guereñu)

Abandonamos el camino y nos dirigimos hacia el oeste por un sendero muy poco marcado en un principio pero que poco a poco va perfilándose mejor, presentando algunas bifurcaciones, debiendo seguir siempre por los de nuestra derecha, pero sin perder altura, encontrándonos pronto con los enormes paredones que, a modo de gigantescos baluartes, presenta La Mota por este lado. Continuamos por la base de las lisas y altivas rocas hasta llegar a un corredor herboso, trepando por el cual alcanzamos la parte alta (1.319 metros), no pudiéndose hablar de cima propiamente dicha pues la cúspide está formada por una amplia planicie, cubierta de vegetación entre la que crecen numerosas plantas de fresas silvestres, cuyo fruto (marrubias) estaban suculentemente maduras cuando las descubrimos. Desde Hozalares hemos invertido cuarenta minutos en llegar al alto.

Bajamos por el mismo corredor, alcanzando, a los treinta minutos de marcha, siguiendo el sendero que hemos abandonado a la subida, el despejado collado de Heramuera (1.230 metros). Una larga crestería tenemos ahora frente a nosotros, cresta que tiene su final en el desfiladero de Ribera, del que ya hemos hablado en esta revista y del que nos volveremos a ocupar más extensamente, pues el lugar bien lo merece.

Por la ladera sur, dando vista al valle burgalés de Tobalina, encontramos un sendero que debemos seguir con cuidado de no perderlos, pues el terreno

sigue presentandose bastante sucio. Una vez circundadas un par de alturas llegaremos a terreno despejado, conociéndose este término con la denominación de Los Cotorrillos, existiendo en él un par de portillos por los que podremos descender en dirección norte, siendo éstos los únicos pasos que encontraremos en bastante extensión de terreno.

Atravesamos una sucesión de alturas y elevados collados hasta llegar a la máxima altura de todo el valle: Cueto (1333 metros). Todo Valdegobia lo tenemos a nuestros pies, presentándonos en primer lugar la empinada ladera, totalmente cubierta de arbolado, que llega hasta la misma base de la peña, cortada a pico; lentamente las laderas se suavizan, transformándose en campos de labor que rodean a los edificios que forman los pueblos de este singular valle que tanta importancia tuvo en tiempos remotos, habiendo estado en él el Obispado cuando la dominación musulmana, quedando, como principal vestigio de ello, la hermosa Iglesia de Valpuesta, que fue sucesivamente Abadía, Obispado y Colegiata, destacando hoy en día sobre la pobreza de las casas de labranza que a su alrededor se levantan. Por el lado opuesto tenemos el valle de Tobalina por cuyo centro discurren las aguas del Ebro, formando una cinta de plata y en cuyas márgenes se agrupan los pueblecitos de este valle también de importante historia, destacando, entre ellos, Frías que todavía conserva un precioso, por su enriscada situación.

San Zadornil, su Iglesia Parroquial, un precioso ejemplo del arte románico, con hermoso campanario del mismo estilo.

(Foto  
Lz. de Guereñu)



castillo, siendo tradicionales sus fiestas de San Juan, con reminiscencias de la dominación mozárabe; al otro lado del valle se levantan los montes Obarenes, con su cima máxima: Umion.

Desde ahora el camino, siempre por las alturas, se hace más penoso. Rocas resquebrajadas encontramos por doquier; matorrales pequeños nos obligan a dar continuos rodeos, mientras nuestra vista busca inútilmente un paso por el que descender a los pinares y a la carretera forestal que vemos bajo nosotros. Por fin encontramos un lugar cubierto de hierba que nos permite descender algunos metros, debajo de los cuales hallamos la roca cortada, con una altura de unos diez metros, los cuales podemos salvar ayudados por el tronco y las ramas de un arbusto que crece a media altura. Si no encontramos este paso nos veremos obligados a caminar durante bastante tiempo, en busca de las alturas de Revillallanos, desde las cuales se puede bajar fácilmente a Villafria de San Zadornil.

Fuerte descenso en demanda de un pequeño barranco por cuyo fondo discurre un camino que nos lleva a una de las muchas carreteras forestales que existen para el aprovechamiento de los pinares, y por ella bajamos hasta el pueblo burgalés de San Zadornil (658 metros).

Lo más interesante de este lugar es su Iglesia Parroquial, un precioso ejemplar del arte románico, con hermoso campanario del mismo estilo y una fábrica robusta, con pequeñas portadas y unos curiosos y bien conservados canecillos que se encuentran en el interior, sobre el actual pórtico, en un cuartucho que tiene su entrada en las escaleras de subida a la torre.

La altiva silueta de peña Carria, al oeste, de paredes verticales que se prolongan desde Valderejo hasta Quejo; los extensos bosques de pinos (con castaños en las partes bajas) que se encuentran subiendo todas las laderas y el pequeño tako que las aguas han abierto en las paredes de peña Carria (entrada natural a este valle), hacen de la visión de este lugar un recuerdo imperecedero para el que en la montaña sabe mirar y ver.

**DATOS UTILES:** Una variante interesante es bajar de Cueto por la ladera sur, continuando por un vallecito, en dirección oeste, hasta encontrar el camino que de Herrán conduce a Ribera, atravesando el desfiladero del mismo nombre para llegar a este último pueblo. El camino, fuera de los senderos, es muy sucio y áspero.

Los horarios por nosotros invertidos fueron los siguientes: Barrio 0 horas. Castromayuela o Castramayuela 1 hora 40 minutos. La Mota 2 horas 50 minutos. Cueto 4 horas 35 minutos y San Zadornil 6 horas 35 minutos.

Esta zona se encuentra comprendida en las siguientes hojas del Mapa Nacional 1:50.000: Orduña Núm. 111 y Miranda de Ebro Núm. 137.